

**DISCURSO de la MINISTRA de CULTURA**

**ENTREGA del PREMIO CERVANTES de LITERATURA 2004**

**a RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO**

**Universidad de Alcalá de Henares,**

**23 abril 2005**

Majestades, Presidente, Autoridades,  
Señoras y Señores,

En el prólogo de Persiles, libro postumo de Miguel de Cervantes, un estudiante reconoce en un camino al escritor alcalaíno y le llama "regocijo de las musas". Sin embargo, este reconocimiento no significa para el escritor sino la constatación de su derrota. Pronto va a morir, y el espejo que refleja su vida no puede ya alimentar entre sus imágenes ese segundo de efímera gloria. En un guiño a los sueños del pasado y a la desesperanza del presente, le replica:

*"Yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho.*

*Vuesa merced vuelva a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta del camino"*

Siglos más tarde, T. S. Elliot escribiría: *"Sólo tengo un puñado de imágenes rotas sobre las que se pone el sol"*.

El último sol del camino que ya veía Cervantes.

¿Cuántas veces no habrá leído Rafael Sánchez Ferlosio ese prólogo? Como si en él se encerrara la literatura y se resumiera y condensara la propia vida del escritor. La gloria, la derrota, el sueño, la muerte, hermanados en su

definición más profunda. Sánchez Ferlosio ha reconocido que, al leer esas palabras, la emoción atoraba su garganta y las lágrimas brotaban de sus ojos.

El camino es el espejo de la literatura. Y de los sueños. Los escritores buscan en los caminos las huellas de la Historia. No encuentran muertos en ellos, sino seres vivos, compañeros de travesía. Ese segundo, ese soplo que es la vida, y la creación artística, que con frecuencia discurre, más que por cómodos caminos, por intrincadas sendas.

Porque Ferlosio es, sin duda, uno de los escritores más cervantinos que han dado en su historia las letras españolas. Y aunque no guste del reconocimiento que puedan otorgar los premios, este Premio Cervantes que se le ha concedido en el año 2004 es, en opinión de quien les habla, el que mejor podía ajustarse a su sensibilidad, y a su obra literaria.

El Premio se entrega en un año que está marcado por la celebración del IV Centenario de la primera edición de El Quijote. Este Centenario es importante porque es, sobre todo, un homenaje renovado a nuestro vehículo de comunicación y convivencia: a nuestra lengua, el español, lengua de Cervantes e idioma común entre dos mundos, lleno de riqueza; riqueza de léxico y humana.

No es mi propósito glosar la vida de este gran escritor, y es seguro que a él tampoco le complacería. Los años, sus años, sólo a él le pertenecen. Podemos, a través de sus palabras, atisbar algunos de sus sueños, conocer y comprender muchas de sus desesperanzas, también las utopías que movieron sus noches y días de lecturas enfebrecidas, y de creaciones tan rigurosas como imaginativas.

Lo que si quiero subrayar es la importancia de su obra literaria. Ella nos interna en nuestra cultura y al tiempo en nuestra historia. Alcanza, en los conceptos que desarrolla, una profundidad que hiere, y a la vez acaricia la sensibilidad de las mujeres y de los hombres que gustan de transitar por los caminos por él indagados.

En los libros que ha ido publicando encontramos la palabra como revelación, a la manera zambraniana, o como búsqueda, en ese quehacer infatigable que ha constituido su oficio de escritor.

Y permítanme que me detenga un breve momento a reflexionar sobre la palabra. Un instrumento mitológico de origen divino, pero al servicio del hombre que, con frecuencia, aminora su gran valor.

La palabra es el alma de la escritura. Pero la palabra, y abundantes ejemplos sobrecogen nuestro ánimo, puede mentir, tergiversar, convertirse en arma poderosa al servicio de los fanáticos, o en cachivache estúpido al servicio de los mediocres.

La palabra es el alma de la razón. Ha de cuidarse, vigilarse, expresarse con la mayor precisión posible para que no se convierta en un fetiche, en madre de los engaños, que pueden tener también efectos de destrucción masiva.

La palabra es el único, auténtico vínculo que se da entre los seres humanos, que posibilita que dialoguen entre sí y que, al tiempo, extiendan este diálogo a su entorno, a la casa única que poseen y habitan, la naturaleza, que también se encuentra acosada, maltratada, en los tiempos que vivimos.

El lenguaje es la realidad, y el escritor es su dueño y servidor. En la palabra se encierra y define su conciencia. Y la palabra, origen y fin de la literatura, ha de desposarse con sus destinos éticos, estéticos y filosóficos, que no son otros que la búsqueda del conocimiento y la belleza -y difícilmente encontraremos tiempos como los nuestros, en los que el feísmo abarque tan extensos órdenes de la vida.

Frente a quienes pretenden impulsar la definitiva muerte del pensamiento, se alzan las hermosas palabras, las hirientes palabras, las trabajadas, sobrecogedoras y ajustadas palabras escritas, por ejemplo las que nos ofrenda abundantemente Rafael Sánchez Ferlosio.

Este creador consigue, en su espaciada pero ininterrumpida obra, rescatar a la palabra de la estulticia, de la corrupción, del agotamiento en que tan frecuentemente habita o en el que abundantemente se la empareda. Ideas y conflictos se expresarán a través de ella con la mayor belleza y sinceridad posibles: también el amor y la esperanza. Le consumirán sus sueños para alumbrar el rostro verdadero del creador, el que siempre antepone las dudas a los dogmas, las ideas a las ideologías, las opiniones a las creencias. El verdadero creador, el poético, indaga, interroga y sale al encuentro, al diálogo, sin dejarse devorar por el éxito o la oportunidad.

La palabra es el corazón del pensamiento, y éste no es sino el universo que no tuvo principio ni tendrá fin, universo en el que el ser presente navega con la única ayuda de la palabra, descubriendo, dudando, viajando de una materia a otra.

Los temas son como nubes de tormenta que no pueden aislarse, que jamás se estancan y, si por milésimas de segundo se desunen, inmediatamente se entrelazan para volver a desplazarse vertiginosamente. Un juego de espejos, que nos demuestra cómo la escritura es el laberinto y el pensamiento es la palabra. Y en este quehacer ha deambulado el compromiso intelectual de Sánchez Ferlosio.

Tras publicar con éxito ese prodigio de desbordada fantasía e imaginación, tan original como heredera de las mejores tradiciones de nuestra cultura popular, que es Alfanhuí, hizo que otra obra suya, El Jarama, irrumpiera con fuerza desbordante en la censurada y apática vida cultural española.

Era el daguerrotipo lingüístico y humano, pero también el fresco social, cultural y político, de un domingo de post-guerra en tiempos del franquismo. El autor, que no desea, desde hace años, hablar de aquella novela, no puede ignorar cómo, al cruzar los parajes que configuran el ámbito físico de la obra, miles de lectores los sienten, gracias a ella, más cercanos, casi suyos.

Recrea la historia, los diálogos, las formas peculiares del habla de las gentes vulgares y aburridas que los conforman, como si ya entonces los vivos estuviesen muertos, o como si la sombra de la guerra fuese tan alargada que todo lo hubiera contaminado. Y el río, como el viejo lobo, no constituyera sino otro símil de la propia historia de España.

Y mantienen así esa memoria, que no quiere ser reducida al silencio, memoria en la que habita la auténtica realidad de la vida que fue, y que Sánchez Ferlosio inmortalizó en un pequeño fragmento del cotidiano discurrir de un puñado de gentes de nuestra tierra.

Ferlosio se había dado a conocer como escritor con Industrias y andanzas de Alfanhuí, pronto elogiada por los lectores. Pero no tardó en cambiar de rumbo, aduciendo que no deseaba "servir más a señor imaginario".

Quería perfeccionar su escritura, pulir el lenguaje, controlar -sin licencias poéticas- el realismo de la narración, desechando influencias, fueran propias o recogidas de otras culturas, e incidiendo en diálogos que enlazaban con una de las corrientes literarias más actuales de aquella época: el objetivismo. Una manera de acercarse a la realidad.

La obra de Sánchez Ferlosio resulta así no solo diferente, sino difícilmente clasificable en género literario alguno, porque tal vez los albergue todos. Necesita de todos, pues su fuerza creadora no puede encerrarse en uno sólo.

Sus libros de ensayo, o narraciones ensayísticas, o ensayos narrativos, constituyen pequeñas antologías del conocimiento. No sabemos qué nos asombra más de ellos, si sus alcances lingüísticos, la profundidad con que aborda los temas históricos o la imaginación desbordada que subyace en ellos. Acompaña al fluir de los mismos la belleza narrativa, la ironía con la que desmonta ciertos tabúes o supersticiones que forman parte del imaginario colectivo, y la crítica desprendida de sus reflexiones profundas.

Sánchez Ferlosio no gusta de los charlatanes. No. Difícil le resultará encontrar lectores cómplices en las mayorías. Los que a él se acerquen serán sinceros, ajenos a la perversión cotidiana que envuelve, por desgracia, tantos aspectos de la cultura.

La razón es su credo. Y el débil, el perseguido, el acosado, son sus aliados y sus elegidos, frente a los lacayos, los triunfadores, los enredados en el brazo corrupto y abrasador del mercado o del poder.

¿Y esta actitud no recuerda al Ingenioso Hidalgo? Don Alonso, que supuestamente había leído todos los libros, quiso en un momento ampliar sus lecturas; ideó leer más. Leer la realidad. Leerse a sí mismo.

Y fue al amanecer, al alba cuando salió a aventurarse, a buscar amores. Y, ciertamente que leyó. Leyó y se apasionó. Leyó la vida, las cosas y, sobre todo, detuvo su mirada en el otro, en el rostro del otro. Y optó. Optó por "desfacer entuertos", por acudir en auxilio del débil, del oprimido, del humilde. Por leer el libro más maravilloso jamás escrito: el rostro del congénere. Y en esta tarea se apasionó locamente.

Posiblemente sea al alba cuando se vislumbran todos los colores de la realidad, la paleta policromada en la que se reflejan las cosas, los otros y, ¡como no!, uno mismo. Cuando Cervantes dispuso a don Quijote como ejemplo de lector, "El caballero andante" detuvo en primer lugar su mirada en el rostro del prójimo, y realizó lecturas del dolor y la humillación, de la alegría y el amor. Leyó las cosas, y esta conducta le condujo a respetarlas.

La lectura del otro y de lo otro le ayudaron a leerse a sí mismo. Y esta capacidad de lectura tridimensional le condujo al convencimiento máximo: que era libre, que "la libertad es el don más preciado del hombre".

Es en este ejemplo donde se sincronizan el libro y la lectura y, sobre todo, la libertad. Y de este comportamiento se empapa el escudero Sancho, quien también aprendió a decir "su palabra". ¡Qué importancia tiene este aprendizaje

para ser libres! De ahí que sea un compromiso del Gobierno al que pertenezco la defensa y promoción de la lectura, como herramienta imprescindible para el logro de una sociedad democrática, de ciudadanos.

Con satisfacción y alegría leemos los datos estadísticos que reflejan las últimas encuestas, que nos hablan del incremento en los hábitos de lectura. Nuestra población lectora ha crecido, superando ya desde hace meses la barrera maldita del cincuenta por ciento de los españoles. ¡Ojalá en este ascenso tenga algo que decir la obra universal *Don Quijote de la Mancha*, ya que no es sólo una referencia estética, sino un magnífico fresco de los valores humanos más nobles!

La obra universal concluye con la recuperación del juicio de don Alonso. No es que se sintiera agotado por leer, sino que conformó un mundo de libertad y, a la vez, ya había inducido en su escudero la necesidad de leer, de sonsacar los secretos polifónicos de la realidad. Sancho se había "quijotado". *"Hizo pucheros y derramó lágrimas"*, y a don Alonso el Bueno se atrevió a decirle que *"la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate... Mire no sea perezoso, sino levántese de cama y vamos al campo.... quizás detrás de un mata hallaremos a la señora Doña Dulcinea "desencantada"*.

Seamos lectores. La realidad, el rostro de los otros y la mismidad inevitablemente están ahí. La naturaleza y los humildes lanzan gritos estremecedores de dolor. La dureza de nuestros oídos, el ensimismamiento, hacen que no los oigamos y, menos aún, los escuchemos.

¿Qué hubiese escrito Cervantes en este inicio del siglo XXI de guerras y de dolor lacerante, en el que se inventan armas denominadas como "inteligentes" porque solamente causan daño a los seres humanos? Son las armas de destrucción masiva, las que en las guerras y acosos sufridos en el mundo de nuestros días causan, han causado, no ya miles, sino millones de víctimas inocentes. Pues insistiría en que aplicáramos nuestros sentidos y leyéramos.

De igual modo, Ferlosio ha denunciado sistemáticamente la crueldad de la guerra moderna, a la que ha calificado como "*la más terrible perversión instrumental de los humanos*". Y con su dedo acusador nos señala cómo habrá que cambiar a los dioses si queremos que la guerra, que se hermana con la de los terribles "juicios de Dios" medievales, deje de imponer su brutal abyección sobre los pueblos vencidos.

Así, el discurso de Cervantes encuentra un continuador en este otro maestro de las letras españolas, en este gran humanista y Premio Cervantes.

Sánchez Ferlosio ha sabido asumir una responsabilidad que no podía ser más que suya. No aceptó ni el lenguaje ni las historias que demandaba el mercado. Jaulas y cárceles de invisibles barrotes fueron abandonados por su tesón e ingenio. Porque al fin, el hombre, y seguimos palabras de un extraordinario poeta, Holderlin, "*es un Dios cuando sueña*", y cuando trabaja de acuerdo a sus sueños, añadimos, "*pero un mendigo cuando reflexiona*".

Adiestremos la capacidad de *sapiens* del hombre. De *sapiens* y de *quaerens*, el ser que sabe y el ser que pregunta. Y estas dimensiones nos pueden alejar de la demencia, ya que exigen encuentros de diálogo con los demás, porque en cada uno de nosotros habita toda la humanidad.

He unido a Sánchez Ferlosio con Cervantes, y de ambos retengo su capacidad lectora. Y esta unión no es casual, ya que la amistad profunda brota entre los creadores cuando éstos deciden caminar por los ríos y sendas que surcan sus obras, fuentes, al fin, de las que beben quienes han decidido habitar en una literatura tan ética y bella como necesaria.

Con o sin premios, Ferlosio puede muy bien ser reconocido, como lo fuera en el tiempo Miguel de Cervantes, y de él diríamos con palabras de don Miguel:

*'Todo lo cual te asienta y hace libre de todo respeto y obligación; y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeras de ella'*.

No hay duda de que Rafael Sánchez Ferlosio nos seguirá asombrando con nuevas obras, que impidan que nos hagamos más ciegos y solitarios. Al acercarnos a ellas, al leer sus palabras, todos nos sentiremos enriquecidos.

Alguien dijo que se escribe para huir de la soledad en la que se habita. Por la misma razón se lee. Y son nuestros creadores quienes nos ayudan a salir de la noche oscura.

Al otorgarle este Premio, únicamente nos resta expresarle nuestro agradecimiento por habernos ofrecido la posibilidad de rendir este más que merecido homenaje a quien, al igual que Cervantes, quiere brindarnos un ideal alternativo y mejor, frente a una realidad tantas veces frustrante. Un homenaje a quien, en un intento de renovar lo existente, provoca en el lector la pregunta, forzándole a mirar de frente a la realidad que le rodea, pero sin humillarla.

Mirada y pregunta. Sugerencia e interrogación inquietantes. Una provocación hacia la utopía.

Muchas gracias.